EN SEVILLA.

Un mes
4 rs.



FUERA.

Tres meses
16 rs.




LA PLATEA,

REVISTA DE TEATROS Y DE LITERATURA.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO.

Estudios Biográficos.

LUIS LABLACHE.

En una época en que el público solo tributa sus elogios al mérito real, y delante del cual se han visto eclipsarse cantantes que en otro tiempo hubieran ocupado una plaza distinguida, Luis Lablache se presenta oscureciendo con sus brillantes dotes á los bajos tenores, que resplandecian en la escena, cuyo puesto no ha osado ninguno disputarle.

Lablache se halla hoy en una edad en que las agitaciones de la vida artista, sus glorias y placeres encuentran eco en su alma. Nació en Nápoles en 1794, de una madre irlandesa y un padre francés, que se ausentó de Marsella por huir de los peligros de la revolucion francesa. Pero otra revolucion le sorprendió en 1793 en su nueva patria, que causó su ruina y su muerte. José Napoleon dispensó su proteccion á esta familia desgraciada, y colocó al jóven Luis en el conservatorio *Della Preta d' Turchini*, hoy *San Sebastiano*.

Luis Lablache estudió á la vez la música instrumental y la vocal. Faltando un dia un contrabajo en la orquesta de *Santo-Onofrio*, le dijo su maestro Marcello-Perrino: «Vos conoceis perfectamente el violin, y os será fácil ejecutar el contrabajo.» Aunque Lablache manifestaba repugnancia á este instrumento, á los tres dias se presentó á llenar su parte con la mayor perfeccion. Esto ha hecho decir á Mr. Castil-Blaze, que si Lablache no hubiera tenido una magnífica voz cantante, no hubiese dejado de brillar entre las primeras notabilidades de su siglo. En verdad él ha tocado el violin como Bohner, la flauta como Tulóu, en fin el órgano y los demas instrumentos los ha dominado con la misma inteligencia.

Lablache era muy jóven aun, cuando empezó à esperimentar deseos por presentarse en la escena. Cinco veces desertó del conservatorio para lanzarse á la carrera dramática, y la última se contrató para Salerno en quince ducados al mes, que tomó anticipadamente. Mas como hubiese gastado el dinero en dos dias que se detuvo en Nápoles, y quisiese presentarse en Salerno al menos con apariencias de un equipaje lucido, tomó una maleta, la llenó de arena y se marchó á su nuevo destino. El vice-rector del conservatorio que llegó á entender esto, parte para Salerno, y se apoderó de su persona. El empresario acude con diligencia á hacerse pago de los quince ducados que le habia anticipado; pero cual fué su sorpresa al abrir la maleta, en que creia hallar tantas preciosidades.

Para evitar estas huidas se mandó construir en el interior del conservatorio una sala de espectáculo, en donde tanto él como sus compañeros saciaron su pasion por el teatro, no pensando mas en escaparse hasta los 17 años, en que terminó sus estudios.

Entonces empezó á recorrer los principales teatros de la Europa con un éxito feliz, y en noviembre de 1830 hizo su primera salida en el teatro italiano de Paris con el papel de Jerónimo en *il Matrimonio secretto*. Su entrada fué un verdadero triunfo. Desempeñó su parte con un talento superior, y fué reconocido como el primer bajo-cantante de su época. Tan luego como él se deja ver en la escena, un movimiento instantáneo se siente en el público, y en medio de la mayor distraccion se esperimenta de repente un silencio profundo, producido por la presencia de este artista. Todo es interesante en él: una figura noble y bella, unos ojos que descubren su genio y carácter franco, una estatura colosal y llena de dignidad forman el tipo mas perfecto de un bajo-tenor. El sabe tomar todas las fisonomías y espresar todos los caracteres: bufo ó serio, trájico ó sentimental, siempre seduce, cautiva la imaginacion y tiene suspensa la atencion de todos. Es un verdadero proteo: Marino Faliero ó Dulcamara, el padre de Desdemona ó D. Magnífico, hace á su antojo llorar, reir, estremecerse solo con una mi-



rada, un jesto, un simple movimiento de cuerpo.

La voz de Lablache desciende hasta el *sol* bajo y sube hasta el *mi* agudo, que es solo una estension mediana, pues solo abraza una octava y una quinta. Así es que no consiste en esto su notabilidad; lo que es realmente prodijioso, es el timbre de su voz, su fuerza y vibracion unida á una igualdad la mas ajustada. En las grandes piezas concertantes, cuando las voces se alzan en toda su fuerza á su alrededor, cuando la orquesta despliega el estruendo de su instrumentacion, entonces la voz de Lablache sobresale entre todo, ella domina igualmente la escena, que la orquesta y la vibracion de sus cantos de bajo, que ondea entre la multitud de las voces, no se confunde jamás con los sonidos de los instrumentos graves que redoblan esta ruidosa armonia. No puede describirse el efecto que causa este magnífico órgano, unido á la fuerza que despiden estas masas vocales é instrumentales: es como el estampido del cañon en medio de un fuego de fusileria, ó el trueno en medio de la tempestad. Y sin embargo él sabe refrenar este torrente sonoro, él dulcifica, le dá cuando quiere, gracia, encanto, y aun algunas veces galanteria: hé aquí el colmo del arte, que ha podido sin quitar nada á la voz de su primitiva belleza, moderar la naturaleza.

Una noche, en que se representaba la *Prova d' un ópera seria*, en el duo con Mme. Malibran, la célebre cantátriz creyó desconcertarle, preparando con anticipacion rasgos y adornos sembrados de dificultades, los cuales debía Lablache reproducir despues de ella: mas este lazo tendido á la garganta del Hércules cantor no sirvió sino para hacer brillar mas su flexibilidad y ajilidad, repitiendo con una facilidad admirable todas las notas y adornos, que la célebre Malibran habia preparado en las frases. Esta no pudo despues dejar de manifestar á Lablache su admiracion por la facilidad con que habia superado las dificultades, que acababa de sembrar en muchos pasajes del canto, quien la respondió disimuladamente que no las habia notado.

Lablache no es un cantante, en el sentido en que ordinariamente se toma esta palabra. Asi es que no debe esperarse de él esos rasgos de adorno, esos caprichos que tanto suelen amenizar al canto. No obstante Lablache sabe sin estos medios producir los mismos efectos; el los encuentra en la verdad dramática, en el acento perfectamente musical, en el sentimiento del arte que posée con toda superioridad. Como él obedece siempre á la verdad, no hay cantante que represente con mas fidelidad é intelijencia, no solo las producciones del arte contemporáneo, sino tambien las obras maestras de los antiguos, cuya ejecucion ha llegado á ser tan difícil para los actuales cantantes.

Lablache debe todas estas cualidades á estudios prófundos, lo que hoy dia hacen muy pocos artistas. Lleva á tal punto el amor de su arte, que jamás se atreveria á presentarse delante del público, sin haberse antes asegurado que representaba exactamente el personaje y la época, de que debe ser intérprete. Al representar en Lóndres el personaje de Enrique VIII en la *Ana Bolena* hizo una impresion tan viva; que los espectadores se llenaron tanto de terror, como si hubieran visto aparecer de nuevo al tirano mismo.

El triunfo de Lablache es en la ópera bufa. Jamas bajo tenor alguno ha comunicado al canto hablado mas naturalidad, ni lo ha espresado de una manera mas divertida. Lablache por último es un cantante intelijente tanto en la trajedia como en la comedia, actor sin igual en los tres opuestos caracteres, teórico que sabe su arte, lo esplica, lo define, lo realza y lo hace amar. Lablache es un artista completo. Reune ademas conocimientos literarios muy variados, un espíritu y carácter elevado que le concilian el aprecio y admiracion de los que le conocen. A. F. C.



WILLIAM SHAKSPERE.

JUVENTUD DEL POETA.

(Continuacion.)

El baron Clarisson, cuya perfumada persona se hacia notar, aun mas que por su inverosímil obesidad, por la exagerada afectacion de su traje, mostraba, destacándose del grupo, su anchísima faz, á la que si no faltaba completamente la animacion de la inteligencia, sobraba en cambio la de la sensualidad, y todos esos signos que revelan una marcada tendencia hácia los goces materiales.—La altaneria que demostraba en todos sus movimientos, unida á ese sensualismo, á esa aspiracion universal por todos los placeres terrenales, parecian hacer de la enorme corpulencia de tan notable caballero una espresion viva del gran lugar que pretendia ocupar en el mundo.

En el momento de que hablamos, Lord Clarisson se ocupaba un poco de miss Southampton, de quien se creia enamorado;—otro poco del espectáculo, que le ocupaba hasta cierto punto;—y mucho de la suculenta cena que habia mandado preparar para cuando regresase del teatro.

Apenas llegó Enrique á su asiento, miss Southampton, volviendo los ojos hácia su padre sin tomarse la pena de inclinar su hermosa cabeza, recta siempre sobre su cuello de alabastro, dijo lentamente y con un tono helado:

—¡Ah!.. ¿habeis permitido á Enrique salir durante el entreacto? Con eso habrá podido departir á todo su sabor con ese muchachuelo del pueblo, á quien tanta amistad profesa.

El jóven conde se ruborizó; y no se atrevió á responder á su hermana.

—¿Y qué mal hay en eso? dijo Lord Southampton. Para aprender desde luego á conocer á los hombres es necesario tratarlos de cerca y en todas las clases.

—Bien, padre mio,—observó la jóven:—pero no siendo esas gentes del pueblo de la misma especie que nosotros, creo que el trato con el hijo de un mercader de lanas no puede enseñar á Enrique á conocer á los hombres.

A esta lógica irresistible basada sobre los inalterables principios admitidos entre la nobleza, el conde nada tubo que objetar. Lord Clarisson si añadió á la observacion que acababa de hacerse:—

—Tiene razon miss Isabel; --ese pueblo bajo se compone de una horda de salvajes de cuyo trato nada puede sacarse, sino es la infeccion del olor á tabaco que arrojan sus vestidos. En cuanto á nosotros nada podemos enseñarles tampoco, que no son aptos para seguir nuestros ejemplos.

Williams, que, como hemos dicho, escuchaba desde su oscuro retiro, puso en este momento la mano sobre su corazon hácia él que refluia toda su sangre. —Fijó los ojos en el obeso baron, y los fijó con todo el mortal encono que debe sentir todo hombre hácia el que acierta á despertar en su alma el primer sentimiento de ódio.

Hasta aquel punto no habia sentido Shakspére mas que la tristeza y las privaciones de una condicion oscura;—en este momento acababa de conocer la humillacion.—Las palabras de miss Southampton le hicieron ver todo el desden de la nobleza hácia las clases inferiores; y aquel soberano desprecio le hirió con el doble aguijon del dolor y de la cólera.

Y sin embargo no podia apartar sus miradas de aquella encantadora mujer.—Por mucho que su desden le lastimára, no era poderoso á dejar de contemplarla, absorto en la detallada observacion de una belleza que sus instintos de artista le hacian apreciar doblemente.

Aquella belleza era en efecto de una regularidad y de un esplendor tales que, en el mas alto grado de la perfeccion humana, se acercaba en algun modo, lo repetimos á la que se supone á la divinidad.—Esto hubiera parecido justificar hasta cierto punto la loca pretension de la que la poseia, juzgándose de una naturaleza superior, si la hubiese fundado en sus dotes personales y no en los favores del nacimiento y de la fortuna, que era en lo que basaba su orgullo.

Williams, naturalmente entusiasta y apasionado, se sentia arrastrado, hácia aquella mujer por un poder estraño. Pareciale que si la detestaba ya, era porque con su desprecio, tan duramente espresado, le habia cerrado el camino para llegar hasta ella,—le habia impedido amarla. Pero al mismo tiempo comprendia con un secreto placer que aunque era el odio y no el amor lo que le ligaba á ella, existia al menos este lazo que le haria no olvidarla jamás. Y despues ¿no era la hermana de Enrique, de aquel cuyo corazon era tan tierno, tan afectuoso para él?—Porque desde que habia oido cómo se trataba en el mundo á los de su condicion, la amistad que el jóven conde le profesaba le parecia un heroismo admirable, digno por su parte de un reconocimiento eterno.

Pero en esto empezó el espectáculo, y ante tan poderoso atractivo callaron todos los pensamientos que agitaban el alma de Williams, volando á la escena, ávido de mas nobles emociones.—Representábase esta noche el Tamerlan, *drama de Marlovv.—Shakspére escuchaba con esa atencion reflexiva que analiza lo que á la imaginacion hiere.—A pesar de sus diez y seis años, empezaba á comprender ya el poder del escritor dramático que, apercibiendo en el pasado ó en el mundo que le rodea, una de esas grandes figuras destinadas á dar vida é impulsion á acontecimientos grandes, sabe desembarazarla de la multitud que la obstruye, de los acontecimientos secundarios que la velan, y colocarla en una atmósfera luminosa donde resalten sus imponentes rasgos, asi como los altos ejemplos y eternas verdades que las lecciones históricas encierran.*

—Solo Dios puede crear,—pensaba el jóven Williams; pero el poeta descubre sus creaciones, aparta el polvo que el movimiento de los siglos arroja sobre ellas, y las muestra resplandecientes á los ojos de todos.... Oh!... si yo pudiera ser poeta!...

El telon habia bajado y Shakspére permanecia aun bajo el imperio de las impresiones que habia recibido. El movimiento del público le advirtió al fin que habia llegado la hora de retirarse.

En la puerta de salida y en el punto donde la multitud era mas compacta, sintió una mano que estrechó furtivamente la suya;—volvióse y vió á Enrique, que se apresuró á decirle á media voz:—

—Hasta mañana!

Pero este mañana, como todos los que deben traernos alguna dicha, quizá se haga esperar algun tiempo.

C.



BREVES NOTICIAS SOBRE LA GAYA CIENCIA

ó poesia vulgar del antiguo principado de Cataluña, y de la Provenza. —Juegos florales de los Trovadores, y academia del Gay-saber de Tolosa y Barcelona.

(Conclusion.)

Establecido que fué, acordó la ciudad darle leyes para su particular gobierno, las que fueron redactadas el 1356, parte en prosa y parte en verso. Formólas el secretario del consistorio, y las dieron el título de *Ordenanzas de los siete señores mantenedores del gay saber.* No estarán aqui fuera